

aproximarse, se sentían poseídos á la vez de miedo y de furia. Así, desesperando de salvarse, querían destruirlo todo, y cuando se llegaba á tiempo de impedirlo, de hablarles, de arrancarles la tea de las manos, se maravillaban de tratar con vencedores humanos, pero hambrientos, y cuya pretendida barbarie se desarmaba con un pedazo de pan.

Llegado á Rouza el príncipe Eugenio, descansó allí un día, y juntó viveres de los cuales dió al grande ejército su parte. Por el camino lateral de la derecha, halló donde quiera el príncipe Poniatowski los mismos síntomas de terror y de ira, la misma abundancia y los mismos destrozos, pero, como para destruir se necesita tiempo, y no se le daba al enemigo, aun se hallaban medios de subsistencia. Solamente el merodeo consumía siempre igual número de hombres, que se retardaban, se dejaban coger prisioneros, ó renunciaban á volver á las filas.

A las órdenes de Murat llegó la principal columna el 40 de setiembre á Krimskoie. Queriéndose aprovechar Miloradowitch, gefe de la retaguardia rusa, de una buena posición que había reconocido cerca de las cenagosas fuentes del Nara, situóse con tropas de infantería ligera y de artillería detrás de un terreno fangoso, cubierto de espesos matorrales, y no ofreciendo acceso mas que por el camino real, que se tuvo cuidado de ocupar con la competente fuerza. Todo el día se pasó en batallar en torno de esta posición, y perdióse mucha gente de una parte y otra, de los rusos por no retirarse demasiado pronto, y de los franceses por no aslojar en seguirles la pista. Por la noche los rusos se vieron obligados á levantar el campo, de-

jando cerca de dos mil hombres sobre el terreno entre muertos y heridos.

A Koubinskoie se llegó el 11, el 12 á Momowo, por último, el 43 á Moriewo, última posición delante de Moscou. Junto á las mismas puertas de esta ciudad, y hacia la barrera llamada de Drogomilow se estableció el ejército ruso. Al entrar en Moscou, donde describe el Moskowa numerosos rodeos, forma un arco muy cóncavo hacia el lado del camino de Esmolensko. Allí fué á pegarse la hueste rusa, apoyando su derecha en la aldea de Tili, su izquierda en la altura de Worobiewo, y trazando en cierto modo la cuerda del arco descrito por el Moskowa. Por toda salida tenia detrás un puente echado sobre el Moskowa, en lo interior del arrabal de Drogomilow, y las calles de aquella ciudad inmensa. No era posición de combate, porque si se les asaltaba impetuosamente, podían ser arrollados en desorden sobre el puente del Moskowa ó sobre los vados de este río, y empujados por las calles, donde, degollándose, corrieran los mayores peligros. Bien lo sabia Kutusof y estaba convencido de la imposibilidad de detener delante de Moscou á los franceses. Pero, fiel á su sistema de halagar de continuo las pasiones populares, por creer mas fácil dirigirlas halagándolas que irritándolas, todos los días escribió al conde de Rostopchim, gobernador de Moscou, que defendería la capital á todo trance, y probablemente con buen suceso. Así sorprendió en Moscou sobremanera ver asomar al ejército ruso en el estado en que se hallaba, y situarse tan cerca de la ciudad que no le quedaba terreno para el combate. Aun cuando tenia abrazado el partido de preferir la salvación del ejército á la de la

capital, determinó Kutusof convocar un consejo de guerra, para hacer participes á sus lugartenientes de la pesada responsabilidad que se iba á echar encima. A pesar de su astucia y habitual flemma, estaba agitado al oír los gritos de rabia que estallaban en rededor suyo, y el voto mil veces expresado de sepultarse todos bajo las ruinas de Moscou antes que abandonar esta ciudad á los franceses, á semejanza del esposo que, disputando á enemigos su amada esposa, prefiere darla de puñaladas con sus propias manos á dejarla abandonada á sus ultrajes. Perfectamente sabia Kutusof que no, porque Moscou se perdiera, se perdía Rusia, al par que Rusia podía perderse, si el grande ejército llegaba á quedar destruido, y estaba firmemente resuelto á impedir tamaña desdicha. Pero si tenía valor para tomar las resoluciones necesarias, aunque odiosas á la muchedumbre, no tenía el de echarse la carga sólo, y quería que la responsabilidad pesara sobre otras cabezas que la suya. A este consejo memorable, celebrado sobre la misma altura de Worobiewo, desde donde se descubría la capital infortunada, cuya entrega era forzosa, admitió á los generales Benningsen, Barclai de Tolly, Doctoroff, Ostermann, Konownitsin, Yermoloff. Allí asistió también el coronel Toll como cuartel-maestre general. Con su sencillez ordinaria y su consumada experiencia, declaró Barclai de Tolly insostenible la posición que se ocupaba, afirmó que la conservación de la capital no era nada al lado de la conservación del ejército, y aconsejó la evacuación de Moscou, retirándose por el camino de Wladimir, lo cual añadía nuevos espacios á los ya traspuestos por los franceses, dejaba al ejército en comunicación con San

Petersburgo, y permitía, cuando la hora fuera llegada, volver á tomar la ofensiva. Benningsen, bastante experimentado para avalorar la cordura de tal dictamen, contando además con que se renunciaría á la defensa de la capital sin que él se mezclara en ello, bien que seguro de que no se perdonaría al que aconsejara el abandono, sostuvo que era necesario pelear á todo trance antes que entregar la sagrada ciudad de Moscou á los franceses. Konownitsin, valeroso oficial cual ninguno, cediendo al sentimiento general, opinó por una pertinaz defensa, no sobre el terreno en que se estaba sino sobre otro que se buscara, yendo al encuentro de los franceses y chocando furiosamente contra ellos. Los generales Yermoloff y Ostermann se adhirieron á este dictamen, que era el de la bravura á la desesperada. Buscando el coronel Toll combinaciones más sabias, propuso retirarse, trasladándose inmediatamente hácia la derecha, sobre el camino de Kalouga, lo cual ponía al ejército ruso en una situación amenazadora para las comunicaciones del enemigo, y le relacionaba directamente con las ricas provincias del Mediodía. Como acontece en semejantes circunstancias, este consejo de guerra fué agitado, confuso y abundante en contradicciones. Kutusof se levantó sin manifestar su opinión á las claras, bien que pronunciando estas frases que parecía dirigirse á sí propio.—Mi cabeza será buena ó mala, pero en suma á ella le toca decidir sobre cuestión tan grave.

Evidentemente ya tenía abrazado su partido, y conviene decir que era digno de un gran capitán. De todos los pareceres emitidos, ninguno era perfectamente bueno, aun cuando todos contuviesen

algo provechoso. Dar batalla por Moscou era una resolucion insensata. Batidos hubieran sido los rusos tanto algunas leguas delante como al pié de sus muros, solo que lo fueran mas desastrosamente teniendo apoyadas en la ciudad las espaldas, y sin mas medio de retirada que un puente y algunas calles angostas. Para combatir habia que barrear lo interior de Moscou y que disputar todas las avenidas, y que comprometer consigo á la poblacion entera, y que sostener pertinazmente la guerra de las calles á imitacion de Zaragoza, cuidando de situar la mayor parte del ejército fuera y sobre el camino por donde pensaran seguir la marcha. Percido hubiera la ciudad entre las llamas, porque estaba construida de madera y no de piedra como Zaragoza, pero se inmolaran mas contrarios que en Borodino, perdiendo menos gente de la propia, lo cual fuera un inmenso resultado. Para defender á Moscou no habia mas que este medio (1), que consistia despues de todo en destruirla para defenderla, pero nadie habia pensado en tal cosa, porque nadie pensaba en su ruina, ni en que esta se consumara de resultas de entregársela á los franceses. No pudiendo pelear delante de Moscou, no queriendo destruirla para disputarla, el único partido que habia que seguir era el de la retirada. Retrogradar sobre Wladimir, como Barclai de Tolly proponia, era llevar este sistema demasiado lejos, aunque no

(1) Tal es la opinion del príncipe Eugenio de Wurtemberg que en sus *Memorias*, tan ingeniosas como sensatas, ha demostrado perfectamente la posibilidad de este plan, de estar resueltos á sacrificar á Moscou, en lo cual no pensaron nunca.

llevado lo bastante por el general Pfuhl al imaginar detenerse en Drisa, era ademas perder las comunicaciones con el Mediodía del imperio, siendo mas rico que el Norte en recursos de todas clases. No habia, pues, mas proyecto admisible que la retirada sobre la derecha de Moscou (la derecha con relacion á nosotros), la cual les ponía sobre las comunicaciones de los franceses y en relacion directa con las provincias del Mediodía al par que con el ejército procedente de Turquía. Pero marchar en esta direccion sin demora, segun el coronel Toll propuso, era atraerse desde luego encima á los franceses, que, contentándose con hacer que ocupara á Moscou un simple destacamento, se precipitarian al punto sobre el ejército ruso para rematarle; era revelarles la índole del sistema de retirada que se iba á adoptar, y que consistia, ahora que ya se habia atraído tan lejos á los franceses, en maniobrar sobre sus flancos, para acometerlos, cuando se les considerara bastante debilitados. Efectivamente, advertidos tan pronto, podian volver en sí á tiempo, fijar bien la atencion y correr para abrumar al enemigo que manifestara tales intenciones. Un plan habia mejor calculado, y era el de retirarse por dentro de Moscou mismo, y entregarlo como un despojo que se arroja delante del enemigo para ocuparle, y aprovechar el tiempo, que inevitablemente consumirían los franceses en apoderarse de esta rica presa, para desfilarse tranquilamente delante de ellos, y tomarles de seguida de flanco, girando en torno de Moscou, la posicion amenazadora que, segun el consejo del coronel Toll, se debia tomar al punto y sin ningun rodeo. Esto era lo que se podia sacar en limpio de todo lo manifestado, y lo que

sacó el viejo Kutusof con profunda prudencia, prudencia fatal para nosotros, pero que no deja de merecer la admiracion de la posteridad por funesta que nos fuese.

De consiguiente decidió que se retirarian en la noche del 13 al 14 de setiembre; que cruzarian por Moscou sin decir palabra, evitando los combates de retaguardia, para que esta gran ciudad, cuya salvacion se apetecia y se esperaba lograr entregándola á los franceses, no fuese incendiada por las bombas (1); que despues no seguirian el camino de Wladimir, demasiado inclinado hácia el Norte, ni el de Kalouga, demasiado inclinado al Mediodia, y sobre todo muy indicante del secreto pensamiento que se abrigaba, sino un camino intermedio el de Riazan, desde donde, mediante un ligero rodeo, seria fácil volverse á situar algunos dias despues en el camino de Kalouga, que era el que verdaderamente habia que ocupar mas tarde.

Ya adoptada esta resolucion, una de las mas importantes que se han tomado nunca y uno de los principales titulos de gloria del general Kutusof, anunciola con firmeza, por desagradables que fuesen los gritos de los tropas, y por mas que los arrebatos de la poblacion de Moscou infundiesen recelos.

(1) Tal es la opinion del general Clausewitz, testigo ocular y convencido de que no pensaban en destruir á Moscou los rusos, y que uno de los motivos de su resolucion, fué el cuidado de conservar esta ciudad, entregándola por algunos dias á los franceses. Esta opinion nos parece demostrada por una porcion de circunstancias y de testimonios irrecusables, y por eso la adoptamos como una certidumbre adquirida para la historia.

Necesario era avisar al gobernador Rostopchin, ruso lleno de pasiones salvages, escondidas bajo costumbres cultas, y lleno sobre todo de un sentimiento estimable, sea cualquiera la forma en que se manifieste, el del patriotismo, aun cuando llegue al extremo de fanatismo. Nos aborrecia bajo todos aspectos, como ruso y como miembro de la aristocracia europea. Su deseo fuera que se sacrificara á la ciudad misma, para hacer que murieran veinte ó treinta mil franceses más, y pensaba que, despues de quemar tantas aldeas, no habia razon alguna plausible para perdonar á Moscou. Si se le ofreciera barrearla y defenderla á todo trance, no vacilara en exponer esta gran ciudad á una destruccion absoluta; pero, no habiéndose adoptado ni aun propuesto semejante proyecto por nadie, no podia hablar de él tampoco, y guardóse muy bien de revelar el que meditaba en el fondo de su alma exasperada. Profundamente le habian irritado contra el general Kutusof las vanas esperanzas con que le habia entretenido, y dijo cosas muy amargas: pero no era tiempo de recriminaciones, sino de preparar la evacuacion sin demora. En el exceso de su odio no queria que dentro de Moscou quedara un solo ruso para exornar el triunfo de los franceses, ni para prestarles servicio alguno, ni para proporcionarles la ocasion de ostentar su dulzura á los ojos de los vencidos. Usando de su autoridad de gobernador, intimó á todos los habitantes que salieran inmediatamente de Moscou, llevándose lo que pudiesen, y amenazó con los castigos mas severos á los que aun no lo hubieran abandonado al otro dia. A mayor abundamiento se habian propagado tan atroces calumnias sobre la conducta de los

franceses que no se necesitaba de amenazas, para obligar á la poblacion á huir á la aproximacion de ellos. De consiguiente calculaba entregarles una ciudad muerta y sin moradores. Quería más, quería, sin pesar todas las consecuencias, sin saber cual seria el resultado, entregarles, en vez de una mansion de delicias, un monton de cenizas, sobre el cual nada encontrarán para vivir, y que fuera un testimonio del horrible odio que inspiraban, una declaracion de guerra á muerte. Pero revelar tal proyecto equivalia á imposibilitarlo, porque. ¿A quién habia de decirlo? De comunicárselo al suave Alejandro, le indignara; de ponerlo en noticia de un general cualquiera, le asustara con el peso de responsabilidad tan enorme; de anunciárselo á los habitantes, les sublevara en contra suya, y se les presentara como cien veces mas abominable que los franceses. Por tanto á nadie habló de lo que meditaba en las profundidades de su alma. Pero, bajo pretexto de hacer fabricar una máquina infernal dirigida contra el ejército enemigo, acumuló muchas materias inflamables en uno de sus jardines, sin que nadie pudiera sospechar el destino que pensaba darlas. Llegado el momento de la partida, y una hora antes de la evacuacion, eligió por confidentes, por cómplices, por ejecutores de su proyecto, á aquellos seres infames que nada poseen mas que las cárceles, donde sus crímenes les han creado un asilo y que profesan gusto innato á la destruccion, en suma á los reos. Les juntó, les puso en libertad, y les encargó prender secretamente fuego á la ciudad, tan luego como partiese, y prenderlo sin descanso, sin ruido, afirmándoles que esta vez, destrozando á su patria, la servirían

y obedecerían á sus voluntades. No se necesitaban grandes estímulos para excitar á aquellas naturalezas perversas á obrar de semejante modo, porque el hombre entregado á si mismo goza en destruir, parecido bajo este aspecto á aquellos animales que de domésticos se vuelven á hacer muy pronto silvestres tan luego como la educacion deja un instante de suavizar sus inclinaciones. Algunos soldados de la policia les agregó para dirigirlos en esta cruel tarea. Dadas tales órdenes y temeroso el conde de Rostopchin de dejar en manos de los franceses los medios de atajar el incendio, medios muy perfeccionados en las ciudades construidas de madera, dispuso enviar por delante todas las bombas. En el instante de abrir las cárceles á los reos, hizo que dos fueran conducidos á su presencia, uno francés, y otro ruso, acusados de haber puesto en circulacion los boletines del enemigo. Al francés, que era uno de los expatriados que buscan su subsistencia en el extranjero, y que la habia hallado en Rusia, le dijo.—Tú, tú eres un ingrato, pero al cabo es natural el sentimiento que ha inspirado tu conducta: recobra tu libertad, y ve á unirte á tus compatriotas, y cuéntales cuanto has visto. Tú, dijo al ruso, tú eres un malvado, un parricida, y vas á expiar tu crimen.—Y dicho esto, le hizo acuchillar ante sus ojos. Despues de esta ejecucion sangrienta, salió de Moscou el 14 por la mañana, detrás del ejército, no llevando nada de sus riquezas, y consolándose con la idea de la sorpresa horrorosa que dejaba preparada á los franceses. Habiéndole encontrado á la salida de Moscou el coronel Wolzogen con el convoy de las bombas de apagar incendios, y preguntándole con que objeto

se las llevaba, obtuvo por única respuesta.—Tengo mis razones.—Y de seguida el conde de Rostopchin añadió estas palabras sin aparente enlace con la pregunta.—Por lo que á mí hace, nada me llevo de esta ciudad mas que el vestido que veis sobre mi cuerpo.—No dijo otra cosa al coronel Wolzogen, que por el momento no cogió la idea (1), si bien la comprendió posteriormente.

Toda la tarde y la noche del 13 y parte de la mañana del 14, gastó en desfilar por dentro de Moscou el ejército ruso. Detenido en el puente del Moskowa, único que existía sobre aquel punto, aglomeróse en el arrabal de Drogomilow hasta el extremo de inspirar temores de que vinieran á las manos unos soldados con otros, lo cual hizo for-

(1) A tenor de las noticias mas seguras cuento los hechos anteriores. Una porcion de testigos de vista, rusos y alemanes, han referido ya sus recuerdos personales en muy interesantes memorias, y no es licito mantener dudas sobre las circunstancias y las causas del incendio de Moscou. Es positivo que nada supo el emperador Alejandro, que el ejército nada supo tampoco, y que el conde de Rostopchin, inspirado por un ardiente odio nacional, único odio perdonable siempre, resolvió por sí solo, y sin calcular todas las consecuencias de su resolucion, el incendio de la antigua capital moscovita. Mas tarde, restituido á mayor sosiego, habitante de Francia contra la cual habia cometido este exceso de furor, rodeado de dudas hasta en su país sobre el mérito de su conducta, vióse confuso y casi negó lo que habia hecho, de manera que este acto extraordinario pareciera afeado hasta por su autor mismo. Pronto se verán las consecuencias, no militares, sino morales de una accion, que á los ojos de la posteridad conservará siempre su salvaje grandeza, cualesquiera que sean las vicisitudes de apreciacion que haya sufrido en la opinion de los contemporáneos.

mar idea del desastre que se hubieran preparado, si ejecutaran aquella travesia por la ciudad despues de la pérdida de una batalla. Aumentándose el hacinamiento, adoptaron las tropas el partido de vadear el Moskowa, lo cual puso término al conflicto. No teniendo Kutusof el valor necesario para sustentar su proceder cuerdo, escondióse al cruzar por Moscou: Barclai de Tolly, al revés, se mantuvo ostensiblemente á caballo al frente de sus soldados. En aquella desdichada ciudad llegaba el desórden á colmo. Ya fueran nobles ó comerciantes, todos los ricos habian ya huido á sus posesiones mas lejanas. Sabiendo otros la coaccion odiosa que se pretendia ejercer sobre ellos, oyendo hablar tambien de incendio prendido por los franceses, se decidieron á abandonar sus mansiones con la desesperacion en el alma, llevándose á sus familias y lo mas precioso que tenian en carruages, ó sobre sus hombros, que se doblaban con tal peso. Ignorando las gentes del pueblo adonde irian y como se mantendrian, lanzaban gemidos horribos, y seguian al ejército maquinalmente. Sin embargo, no todos los habitantes de esta ciudad desgraciada habian consentido en la fuga. Algunos, creyendo el sacrificio que se les queria imponer harto costoso, ó sabiendo, mas instruidos que sus compatriotas, que los franceses, no saqueaban, no incendiaban, no asesinaban, y hasta que raras veces hacian uso de los derechos de la guerra en las ciudades conquistadas, preferian vivir algunos dias con los vencedores á huir detrás de un ejército con ignorancia completa sobre su marcha y sus intenciones. Entre estos últimos se contaban muchos negociantes de diversas naciones y especialmente de

la nuestra, que nada recelaban de los franceses, al par que temian verse expuestos, siguiendo el ejército de Kutusof, á todos los excesos de la soldadesca, con la cual se les queria obligar á retirarse. Para estos infelices hubo un momento de emocion horrorosa. De repente supieron el 14 por la mañana que las tropas rusas salian con las autoridades de la ciudad, que tres mil facinerosos escapados de la cárcel se metian en las tiendas, que las gentes del populacho se les habian unido, y que juntos se entregaban á la embriaguez y á la rapiña. Temblando dentro de sus casas estos infelices moradores aguardaban impacientes que un ejército llegara á ocupar el puesto del otro.

Toda la primera mitad del dia 14 trascurrió para ellos en estas crueles perplejidades, atravesando las calles de Moscou lentamente el ejército ruso, y todavía mas despacio sus parques, sus bagages y sobre todo sus heridos. Conociendo el general Miloradowitch, gefe de la retaguardia, que aun necesitaba de algunas horas para llevar la evacuacion á remate, imaginó celebrar un convenio verbal con la vanguardia de los franceses, y le hizo proponer que toda hostilidad se suspendiera, asi en obsequio de los que iban á hacer la entrada como de los que estaban ejecutando la salida, no sin decir que, si se empeñaba la pelea, su resolucion era defenderse á todo trance, y que por tanto la ciudad seria entregada instantáneamente á las llamas. Un oficial fué enviado cerca de Murat para convenir en esta especie de armisticio.

Durante este tiempo el ejército francés avanzaba con veloz paso hácia las alturas, desde donde al fin se esperaba descubrir la gran ciudad de Moscou.

Si de parte de los rusos todo era desconsuelo, de parte de los franceses todo era júbilo y orgullo y placenteras ilusiones. Reducido nuestro ejército á cien mil hombres de los cuatrocientos veinte mil que contaba al paso del Niemen, si bien es verdad que otros cien mil guardaban sus espaldas, extenuado de cansancio, llevando á muchos soldados heridos, que podian andar y quisieron seguirle, sentia disiparse el sentimiento de sus penalidades al acercarse á la brillante capital de la Moscovia. En sus filas habia una porcion de soldados y de oficiales, que habian estado en las Pirámides, á orillas del Jordan, en Roma, en Milan, en Madrid, en Viena, en Berlin, y que se estremecian de emocion ante la idea de que tambien iban á visitar á Moscou, la mas poderosa de las metrópolis de Oriente. Sin duda en su satisfaccion entraba por mucho la esperanza de encontrar alli reposo, abundancia y la paz verosimilmente, pero tambien la imaginacion, dominadora de los hombres y con especialidad de los soldados, se hallaba muy conmovida por el pensamiento de entrar en Moscou, despues de haber visitado todas las demas capitales de Europa, excepto Lóndres, la protegida de los mares. Mientras el principe Eugenio se adelantaba por el camino de Zwenigorod sobre la izquierda del ejército, y el principe Poniatowski por el de We-reja sobre la derecha, el grueso de la hueste, con Murat á la cabeza, Davout y Ney en el centro, y detrás la Guardia, seguia el camino real de Esmo-lensko. Desde muy temprano estaba Napoleon á caballo en medio de sus soldados, que, olvidando ante su vista y la aproximacion á Moscou muchos dias de desabrimientos, prorumpian en aclama-

ciones para celebrar la gloria del insigne caudillo y la suya. Hermoso estaba el tiempo, y á pesar del calor se apretaba el paso, para trepar á las cumbres, desde donde al cabo se gozaria la vista de aquella capital tan anunciada y tan prometida.

Presentándose el oficial enviado por Milorodowitch, fué perfectamente acogido, obtuvo lo que solicitaba, pues ni remotamente se queria prender fuego á Moscou, y se convino en no disparar un solo tiro, bajo la condicion añadida por Napoleon de que, sin detenerse un instante, continuaria desfilando por medio de la ciudad el ejército ruso.

Llegada finalmente la hueste francesa á la cresta de una montaña, descubrió súbito debajo, y á distancia bastante corta, una ciudad inmensa, brillante de mil colores, coronada de porcion de cúpulas doradas resplandecientes de luz, mezcla singular de bosques, de lagos, de chozas, de palacios, de iglesias, ciudad á la vez gótica y bizantina, realizando todo lo que de las maravillas de Asia refieren los cuentos orientales. Al par que formaban su circuito monasterios flanqueados de torres, se elevaba en el centro sobre una cumbre una fuerte ciudadela, especie de Capitolio, donde se veian juntamente los templos consagrados á la Divinidad y los palacios de los emperadores, donde por encima de almenados muros descollaban cúpulas magestuosas, con el emblema que representa toda la historia y toda la ambicion de Rusia, la cruz y debajo y vuelta del revés la media luna. Aquella fortaleza era el Kremlin, antigua morada de los czares.

Exaltándose á la vista de tan mágica perspectiva la imaginacion y el sentimiento de la gloria,

los soldados exclamaron á una.—¡Moscou, Moscou!—Aquellos, que habian quedado á la falda de la colina, se apresuraron á trepar á ella: por un momento se confundieron todas las filas; y todos quisieron contemplar la gran capital adonde nos habia llevado una marcha tan azarosa. No podian hartarse de aquel espectáculo fascinador y propio á despertar los mas diversos sentimientos. Napoleon llegó á su turno, y absorto con lo que se presentaba á sus ojos, él que, á semejanza de los mas veteranos de su hueste, habia visitado tambien sucesivamente el Cairo, Menfis, el Jordan, Milan, Viena, Madrid, Berlin, no pudo prescindir de una emocion profunda. Llegado á aquella cúspide de su grandeza, tras de lo cual iba á rodar con tan veloz paso al abismo, sintió una especie de desvanecimiento, olvidó todas las reconveniones con que su buen seso, única conciencia de los conquistadores, le asaltaba ya hacia dos meses, y todavia creyó por un momento que era grande y maravillosa empresa la suya, que era grande y feliz temeridad justificada por el buen suceso la de haberse atrevido á correr desde Paris á Esmolensko, y desde Esmolensko á Moscou. Seguro de su gloria, todavia creyó en su ventura, y maravillados sus lugartenientes de igual modo, no acordándose ya de sus frecuentes sinsabores en esta campaña, le volvieron á halagar con aquellas efusiones de la victoria, á que no se entregaron al concluir la sangrienta jornada de Borodino. Este instante de satisfaccion vivo y breve fué uno de los que mas le impresionaron en su vida. ¡Ay, que debía ser el postrero!

A Murat se le previno que marchara de prisa con el fin de precaver todo desorden. Por delante



fué enviado el general Durosnel para entenderse con las autoridades, y traerlas á las plantas de vencedor, que deseaba recibir sus homenajes y calmar sus recelos. Mr. Dennié fué encargado de ir á preparar viveres y alojamientos para las tropas. Galepando Murat á la cabeza de la caballería ligera, llegó al cabo por entre el arrabal de Drogomilow al puente del Moskova. Allí encontró una retaguardia rusa en retirada, y preguntó si habia algun oficial que supiera francés. Al instante se presentó un jóven ruso, que hablaba correctamente nuestro idioma, delante de aquel rey á quien tan bien conocian los pueblos enemigos, y se informó de lo que le queria. Habiendo expresado Murat deseos de saber quien era el gefe de aquella retaguardia, el jóven ruso le señaló un oficial de cabellos blancos, envuelto en una capa de bivaque de largo pelo. Con su habitual donaire alargó Murat la mano al viejo oficial, y éste la estrechó en la suya. Asi el odio nacional enmudecia ante la bravura. Murat preguntó al gefe de la retaguardia rusa, si le conocia.—Sí, respondió este por medio de su jóven intérprete, harto os he visto entre el fuego para que no os conozca.—Como elogiara Murat la capa de largo pelo, por parecerle que habia de ser muy cómoda para el bivaque, se la quitó de los hombros para regalársela al veterano. Admitiéndola Murat tan cortesmente como se le ofrecia, sacó un hermoso reló y se lo regaló al oficial enemigo, que aceptó el obsequio á la manera que se habia aceptado el suyo. Despues de estas urbanidades, desfiló prontamente la retaguardia rusa para ceder el terreno á nuestra vanguardia. Seguido el rey de Nápoles de su estado mayor y de un destacamento

de caballería metióse por las calles de Moscou, cruzó sucesivamente barrios humildes y barrios suntuosos, hileras de casas de madera pegadas unas á otras, y series de palacios magníficos en medio de extensos jardines; por donde quiera se echó de ver la soledad mas profunda. Parecia que se penetraba en una ciudad muerta, y cuya poblacion hubiera desaparecido de repente. Este primer aspecto, propio á mover á asombro, no recordaba nuestra entrada en Berlin ó en Viena. Sin embargo aquella soledad podia explicarse por un sentimiento de terror que al principio experimentarían los moradores. De súbito aparecieron algunos individuos como desatinados; franceses eran de las familias extranjeras establecidas en Moscou, y pidiendo en nombre del cielo que se les salvara de los bandidos que señoreaban la ciudad. Se les acogió perfectamente, se procuró disipar su espanto sin fruto, se les hizo guiar hácia el Kremlin, y al dar vista á aquellos viejos muros, sufrióse una descarga de fusilería. Eran los bandidos desencadenados sobre Moscou por el feroz patriotismo del conde de Rostopchin. Aquellos miserables habian invadido la ciudadela sagrada y apoderádose de los fusiles del arsenal, y disparaban sobre los franceses, que llegaban á turbar su reinado anárquico de algunas horas. Acuchillados fueron muchos y purgado quedó el Kremlin de su presencia. Pero, al preguntarles, se supo que toda la poblacion habia huido, excepto los extrangeros y algunos rusos mejor enterados de las costumbres de los franceses y que no temian su vista. Esta noticia entristeció á los gefes de nuestra vanguardia, que se habian lisonjeado de ver salir á su encuentro á una poblacion, á la

cual se complacieran en tranquilizar y en llenar de sorpresa y de agradecimiento. Presurosamente se puso algo de orden en los barrios de la ciudad y persiguióse á los facinerosos, creídos en gozar mas largo tiempo de la presa que el conde de Rostopchin les habia entregado.

Trasmitidos á Napoleon estos pormenores, le afligieron bastante. Toda la tarde habia esperado las llaves de la ciudad llevadas por una poblacion sumisa, que llegara á implorar su clemencia, pronta siempre á descender sobre los vencidos. Este desengaño, sucediendo á un momento de entusiasmo, fué por decirlo asi la aurora de su mala fortuna. No queriendo entrar en aquella vasta capital de noche, habiéndola acabado de evacuar un enemigo implacable, y de quien podia recelar embocadas, se detuvo en el arrabal de Drogomilow, y solo envió destacamentos de caballería para ocupar las puertas de la ciudad y ejercer allí su vigilancia. Natural era suponer que aun quedaban en Moscú muchos heridos y rezagados, y sencillo tratar de apoderarse de ellos. Eugenio á la izquierda guardó la puerta que da al camino de San Petersburgo; Davout en el centro la de Esmolensko, por donde llegaba el grueso de nuestra hueste, y se extendió por su derecha hasta la de Toula. A la caballería, que habia cruzado la ciudad, le tocó la custodia de las puertas del Norte y del Este, opuestas á aquellas por donde llegábamos nosotros. Pero con la ignorancia de los lugares y la ausencia de los moradores, se dejaron abiertas muchas salidas, y aun se pudieron escapar doce ó quince mil rezagados del ejército ruso, que fueran una buena captura. Sin embargo quedaron por lo menos quin-

ce mil heridos, que recomendaron los rusos á la humanidad francesa. ¡A la humanidad rusa debieron de recomendarlos, pues aquellos infelices iban á perecer á otras manos que las nuestras!

Aquella noche bivaqueó el ejército sin gozar aun de la abundancia y de las delicias que se prometia. A la otra mañana, que era la del 15 de setiembre, hizo Napoleon su entrada en Moscou á la cabeza de sus invencibles legiones, pero cruzó una ciudad desierta, y por primera vez sus soldados, al entrar en una capital, no tuvieron mas que á sí mismos por testigos de su gloria. La impresion que experimentaron fué muy triste. Llegado Napoleon al Kremlin, apresuróse á subir á la elevada torre del gran Ivan, y á contemplar desde aquella altura su magnífica conquista, que cruzaba lentamente el Moskowa, describiendo allí numerosos contornos. Miles de aves negras, cuervos ó grajos, tan multiplicadas en aquellas regiones como las palomas en Venecia, revoloteando por encima de las iglesias y los palacios, daban á esta gran ciudad un singular aspecto, que contrastaba con el lustre de sus brillantes colores. Un melancólico silencio, solo interrumpido por los pasos de la caballería, habia sucedido a la vida de la capital extensa, que era de las mas animadas del universo aun el dia antes. A pesar de la tristeza de tal soledad, hallando Napoleon abandonada á Moscou como las demas ciudades rusas, tuvo á dicha no encontrarla incendiada, y no desesperó de calmar poco á poco los odios, que desde Witebsk estallaban á la vista de nuestras banderas.

Distribuido fué el ejército en los diversos barrios de Moscou, decidiéndose que Eugenio ocupara el del Noroeste, comprendido entre el camino de

Esmolensko y de San Petersburgo, lo cual correspondía á la direccion por donde habia llegado. Por igual causa debió ocupar Davout la parte de la ciudad que se extendía desde la puerta de Esmolensko á la de Kalouga, esto es, todo el barrio situado al Sudoeste, y el príncipe Poniatowski el situado al Sudeste. Habiendo cruzado el mariscal Ney á Moscou del Oeste al Este, debió establecerse en los barrios comprendidos entre los caminos de Riazan y Wladimir. Naturalmente la Guardia fué situada en el Kremlin y sus alrededores. En las casas rebosaban los viveres de todas clases. Con algo de cuidado se pudieran satisfacer ámpliamente las primeras necesidades de los soldados. A la puerta de los palacios fueron recibidos los oficiales superiores por numerosos criados de librea, solícitos en ofrecerles una hospitalidad brillante. No previendo los dueños de aquellos palacios que estuviera destinada á perecer Moscou, aunque partícipes del odio nacional, se esmeraron en preparar protectores á sus ricas moradas, recibiendo en ellas á los oficiales franceses. Con vivo sentimiento de placer se establecieron en medio de aquel lujo que debía durar tan poco. Llenos de curiosidad se pasearon por estos palacios, donde estaban prodigados todos los refinamientos de la molice, espléndidos salones de baile, teatros particulares tan espaciosos como teatros públicos, bibliotecas llenas de libros franceses los mas licenciosos del siglo décimo octavo, pinturas que respiraban todo el gusto afeinado de Watteau y de Boucher, finalmente todas las señales de una licencia, que, con la ardiente devoción del pueblo, con la energía salvaje del ejército, formaba un contraste singular, bien que

frecuente en las naciones que de pronto han pasado de la barbarie á la civilización, pues lo que los hombres toman con mas facilidad de los que les han precedido en el arte de vivir, es el arte de gozar. Podía parecer extraño hallar en todas partes la imitación de Francia, sobre un país con que estábamos tan violentamente en guerra, y muy poco lisonjeros también el vernos especialmente imitados en lo menos plausible.

Salidos nuestros oficiales de aquellas brillantes moradas, vagaban no menos curiosos por medio de la ciudad, que parecía un campo tártaro, sembrado aquí y allí de palacios italianos. Con sorpresa contemplaban muchas ciudades, situadas concéntricamente unas dentro de otras: primeramente en el mismo centro, sobre una eminencia y á orillas del Moskowa, el Kremlin rodeado de torres antiguas y lleno de iglesias doradas; al pié del Kremlin, y á su amparo en cierto modo, la ciudad vieja, llamada Ciudad China, encerrando el antiguo y el verdadero comercio ruso, el comercio de Oriente; después, en torno y envolviendo á esta, una ciudad vasta, espaciosa, brillante de palacios y llamada la Ciudad Blanca, por último, y abarcando á las tres, la ciudad llamada de Tierra, conjunto de aldeas, de bosquesillos, de edificios nuevos é imponentes, y ceñida de un espón de tierra. Sobre todo, en estas cuatro ciudades, encerradas unas en otras, se veían esparcidos muchos centenares de iglesias coronadas de cúpulas que figuraban como en Oriente inmensos turbantes, de campanarios con apariencias de minaretes, y que revelaban antiguo trato con Persia y Turquía, porque es lo singular que, aun combatiéndose las religiones, se imitan al me-